

V

UNA CARTA

El anciano recibió á sus hijas con la efusión del más tierno cariño: habitaba un segundo piso de una linda, pero modesta, casa, situada en un barrio pacífico y solitario.

Cada día se aumentaba el amor de la Marquesa hacia su hija: amábala aún mucho más desde que murió su esposo, y todo su anhelo se cifraba en llenar, con su ternura, el triste y hondo vacío que la muerte de su buen padre dejara en el corazón de Clementina.

La joven, por su parte, pagaba este amor con un apasionado cariño: sentada junto al lecho de su madre, espiaba el momento en que despertaba para recoger su primera mirada; no se separaba un instante de su lado, y era la confidente y depositaria de todos sus pensamientos, su compañera constante y su única amiga.

El Consejero vivía enteramente aislado, y la Marquesa y su hija, habituadas á la soledad y amantes de ella, no echabande menos un mundo que ni una ni otra conocían: trataban únicamente

á un anciano vecino que ocupaba, con sus criados, el cuarto principal de su misma casa: viudo hacía muchos años, poseía una inmensa fortuna, adquirida á costa de una vida laboriosa; había pertenecido á la marina y desempeñado en ella un destino muy elevado; su carácter era noble, franco y generoso; su instrucción variada y profunda, y unía á los modales más distinguidos, la más dulce é indulgente bondad.

Conocedor del mundo y hastiado de él, don Fernando de Osorio vivía, desde que se había retirado del servicio cargado de honores y de títulos, en la más completa soledad. El trato de vecinos creó una amistad verdadera entre los dos ancianos, marino y Consejero, y la llegada de la Marquesa y de Clementina regocijó en extremo á los dos.

Osorio se aficionó de tal modo á su compañía, que no sabía separarse de ellas: admiraba las brillantes cualidades de la Marquesa, encantábale su carácter; y en cuanto á Clementina, su gracia femenil, su dulzura y la pureza é inocencia de su alma, le hechizaban: nunca había visto nada comparable á aquellas dos nobles criaturas.

Cerca de un año hacía que la señora de Olmedo y su hija habían llegado á Madrid. Clementina tenía ya diez y nueve, y hasta entonces los objetos únicos de su amor habían sido su madre y su abuelo; quería también con extremo á su perro Azor, hermoso galgo inglés, que pocos días

después de su llegada á la corte le había regalado don Fernando; dulce, buena y dotada de un carácter simpático, sólo se le advertía una timidez excesiva, haciéndola esta debilidad recelosa y desconfiada.

Lejos de verse en su semblante aquella melancolía que daba tan sublime expresión á las puras y hermosas facciones de su madre, revelaba su fisonomía su carácter risueño y bullicioso.

Jamás la Marquesa le había dirigido la más leve reprensión; nunca el indulgente y cariñoso anciano, de quien era el ídolo, dejó de hablarle con el acento de la dulzura, y, no obstante, su invencible cortedad impedía á la joven manifestar la expansión y confianza que merecían aquellos dos seres, para los cuales era objeto de una predilección exclusiva.

Harto bien conocía la Marquesa lo que aquel defecto perjudicaba á su hija, y creyó que podría, á fuerza de cariño, si no vencerlo, disminuirlo; mas en vano hizo uso de todos los medios que le sugirió su maternal interés: en la edad en que el entendimiento está desarrollado y fortalecida la razón, no se conocían aún en Clementina ideas fijas ni voluntad decidida.

Y no se crea por esto que carecía de talento: su comprensión era fácil, su imaginación poética y ardiente, y su corazón sensible é impresionable.

Una tarde hermosa del mes de Septiembre se hallaban reunidos, en el salón de la casa del Con-

sejero, la Marquesa y los dos ancianos. Clementina había salido á buscar una pieza de música que Osorio deseaba oírle cantar.

Los balcones abiertos dejaban penetrar en el salón el aire embalsamado del otoño; eran las cinco, y se esperaba que anunciasen que estaba servido el comedor.

Jugaban la Marquesa y su padre al ajedrez, y don Fernando hojeaba, sentado junto al piano, el álbum de Clementina.

—Si no manda usted otra cosa, Marquesa, me bajo á comer,—dijo de pronto.

—¿No ha dicho usted á mi hija que deseaba oírle cantar?—observó la señora de Olmedo.

—Veo con placer que el juego la divierte á usted mucho — repuso sonriendo don Fernando, —puesto que no ha advertido que hace una hora que la espero.

—Voy á mandarla llamar — dijo la Marquesa. —¿Quiere usted aguardarme un momento, padre mío? — añadió, poniendo sobre las rodillas del anciano el tablero del ajedrez.

—Tenga usted la bondad de tirar de ese cordón, mi querido Osorio — dijo el Consejero deteniéndose á la Marquesa; — y tú, hija mía, continúa la partida: jaque al rey.

El antiguo marino alargó el brazo para llamar; pero antes de hacerlo se abrió la puerta y apareció un criado.

—Haga usted el favor de llamar á la señorita,

—dijo la Marquesa, la cual, convencida de que la bondad conquista el corazón de los sirvientes, hablaba siempre á los suyos con dulzura.

Inclinóse el criado, y después, dirigiéndose al Consejero.

—Tengo que advertir al señor — dijo, — que hay en la antecámara un caballero que desea hablarle.

—¿Te ha dado tarjeta? — preguntó el anciano.

—Sí, señor.

—¡Edmundo de Gálvez! — dijo el Consejero leyendo la tarjeta que le entregó el criado. — No conozco este apellido; sin embargo, dígame usted que pase adelante.

Un instante después volvió á abrirse la puerta, y un joven oficial de infantería apareció en el umbral; el criado acercó un sillón y se retiró.

El militar aparentaba veinte años á lo más; era de esbelta y elevada estatura; tenía la tez muy morena; del negro más hermoso los grandes y rasgados ojos, y rizado y abundante el cabello; su mirada enérgica y atrevida, bien que templada por una dulzura inexplicable, se velaba á veces por la ancha franja de sus negras pestañas. Todas sus facciones eran hermosas hasta la perfección.

Vestía, con una soltura llena de elegancia, el sencillo uniforme, y se descubría, á través del blanco guante y de la charolada bota, una mano y un pie que hubieran dado envidia á una mujer.

Inclinóse profundamente delante de la Marquesa y de los dos ancianos; después, sin pronunciar una palabra, presentó al Consejero una gruesa carta.

—Sírvase usted, ante todo, tomar asiento, caballero—dijo el anciano, indicando al joven un sillón, y sentándose él también.—Y ahora, permítame usted que lea.

El oficial se inclinó por segunda vez; en aquel momento se oyó una voz fresca y sonora que cantaba el aria de *Tancredo*, y Clementina abrió la puerta con estruendo.

—Dé usted de comer á Azor—dijo desde el umbral:—ya sabe que anoche no quiso cenar;—y tomando su andante de donde lo había dejado, entró en el salón.

## VI

## NOBLEZA

Una mampara abierta ocultaba á la Marquesa, á su padre y al oficial; y Clementina, creyendo que Osorio estaba solo, daba rienda á su carácter risueño.

—Le he hecho á usted esperar mucho, ¿no es verdad?—dijo, dirigiéndose á don Fernando.—¡Me costó tanto encontrar esta pieza! Pero no se enfade usted, porque voy á indemnizarle cumplidamente en premio de su condescendencia.

Abrió el piano y recorrió el teclado rápidamente, mientras que don Fernando la miraba sonriendo.

Edmundo no separaba un instante sus ojos de Clementina, contemplándola extasiado y absorto: nada había visto hasta entonces más hermoso y seductor.

Encantadora estaba, en efecto: llevaba un vestido de batista, blanco, de cuerpo liso, y cuyas mangas anchas y flotantes descubrían toda la hermosura de sus torneados brazos; rodeaba su esbelto y gracioso talle una cinta azul, y sus ca-

bellos, divididos sobre su despejada frente, bajaban en dos anchas bandas á unirse con la gruesa trenza enlazada detrás de su cabeza.

La voz del Consejero produjo un cambio de escena.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó, teniendo en la mano la carta que acababa de leer.—¡Oh, Dios piadoso!—repitió con trémula voz, y elevando al cielo una mirada empañada por el llanto.—Cuando, gastados todos los medios para descubrir un secreto cuya obscuridad ha acibarado mi vida; cuando, sin esperanza ya de conseguirlo, creí llevar al sepulcro el dolor de comprender un deber sin poder satisfacerlo, ¿será cierto que la bondad de usted me dispensa el beneficio de conocer á mi bienhechor, al salvador de mi existencia y de mi honra? ¡Oh, hijo mío!—prosiguió el anciano, estrechando contra su seno al joven oficial.—¡Bienvenido seas á la casa de tu segundo padre!

Al oír á su abuelo, se volvió vivamente Clementina, y el rubor subió á su frente: el joven á quien con tanta efusión abrazaba el anciano, le era absolutamente desconocido, y creyendo solo á Osorio en el salón, se había entregado al transporte de la frívola alegría de su carácter.

El Consejero, después de haber estrechado á Edmundo una y mil veces contra su pecho, se volvió á su hija sin soltar la mano del joven, é hizo una seña á Clementina y á Osorio para que se acercasen.

—Os presento, hijas mías—dijo,—y á usted también, mi querido amigo, al hijo de un hombre que me salvó la vida y el honor, y que hasta hoy me ha sido desconocido.

—Escuchad—prosiguió con voz insegura y profundamente conmovida;—oid esta carta: ella os hará conocer y amar á mi noble bienhechor.

Y desdoblando la carta, leyó lo que sigue:

«Señor: Sólo el amor de padre puede dispensarme el atrevimiento de recordarle el servicio que en otro tiempo tuve la dicha de hacerle; pero usted lo es también, y estoy cierto de que sabrá comprender lo que pasa en mi corazón.

Cuarenta años hace que la casualidad nos reunió en una casa de juego. ¿Se acuerda usted de aquella noche funesta? Había usted perdido todo el dinero que tenía y mucho más sobre su palabra; ciego, poseído de un vértigo horrible, seguía usted jugando desgraciadamente; estábamos entre gente perdida, que sólo deseaba su ruína; ya habían pasado á otras manos el reloj y todas las alhajas de su uso, restando sólo en poder de usted una cadenita de oro, de la cual pendía el retrato de su prometida, puesto en un medallón guarnecido de diamantes; desesperado, lo arrancó usted de su cuello y lo puso usted sobre el tapete; mas en el instante mismo se arrepintió de aquella villana acción, y recogiendo la adorada efigie, huyó hacia la puerta. ¡Estaba cerrada y era imposible salir! Aquella turba sin freno se arrojó

sobre usted, llenándole de injurias y de golpes. ¿Se acuerda usted del hombre que apareció cuando, creyéndose cerca de la muerte, apretaba el medallón contra los labios? Aquel hombre era yo; yo, que tuve la dicha de salvarle, sustrayéndome después con cautela á las pesquisas de usted para conocerme. Era rico y la recompensa de mi acción la esperaba en el grato recuerdo de haber obrado bien.

El destino ó la casualidad me colocó en la clase media, cuando usted pertenecía á la nobleza más elevada: yo hijo del pueblo, y aristócrata usted, conocí la gran diferencia que entre los dos ponía esta circunstancia. Me oculté, pues, y usted, que no reparó entonces en mi semblante, no ha podido reconocerme después, no obstante haberme visto con frecuencia.

Yo había impuesto todo mi caudal en el comercio; algunas especulaciones desgraciadas y la mala fe de mis corresponsales dieron por tierra con mi crédito. Mi esposa, al morir, me había dejado un hijo, y en él se concentraron mi amor, mis esperanzas y todos mis deseos; quise vivir para él, y aseguro á usted, señor, que fuí denodado, porque es necesario más valor para arrostrar una vida penosa y llena de privaciones, que para atentar contra ella y darse la muerte.

Hace cuatro años dejé á Cádiz, mi patria; mi hijo me había manifestado su inclinación á la ca-

rrera de las armas; vinimos á Madrid, é instalé á mi Edmundo en el Colegio militar.

Renuncio á describir á precio de cuántos sacrificios he soportado la satisfacción de los gastos que me ha ocasionado su carrera: bástele á usted saber que soy feliz, porque veo retribuído mi amor paterno con el cariño y agradecimiento de mi Edmundo, que es el mejor de todos los hijos.

Hace un mes que fué promovido á oficial: lo recomiendo á usted, y le ruego, con todo el encarecimiento de mi alma, que se digne hacer mis veces para con él; el empeño que usted ha puesto en buscarme, me ha hecho conocer toda la sensibilidad de su corazón, y me hace esperar con confianza que accederá á mi ardiente súplica.

Proteja usted á mi hijo, señor. Solo, en medio del mundo, entregado á sus propias fuerzas, sin el auxilio del consejo ni el sostén de la autoridad, su ardiente y generosa juventud le proporcionará mil escollos en esta engañosa corte que tanto fascina; dígnese usted ampararlo: yo sé que se hará amar de usted; él es bueno, noble y generoso, siéndole más fácil morir que faltar á sus deberes.

Yo me vuelvo á Cádiz, consolado con la dulce certeza de dejar á mi Edmundo bajo la protección de usted. Tranquilo en mi retiro, y entregado todo á mi gratitud, rogaré á Dios con fe ardiente por la felicidad de usted,

*Carlos Gálvez.*

Muchas veces había interrumpido el Consejero su lectura, dominado por la emoción. Cuando la terminó, se volvió hacia el joven, y vió correr el llanto por sus mejillas; el anciano tomó entre sus manos las de Edmundo, y le contempló largo rato en silencio.

—Escuchad—dijo al fin:—mi noble bienhechor, por un efecto sin duda de modestia, pasa en silencio lo que más interesa en su acción sin ejemplo; pero yo estoy en el deber de referirla tal cual fué, para que se conozca hasta qué punto es grande y meritoria.

Hoy hace cuarenta años que peligró mi vida, y la sola consideración del modo con que iba á morir me horroriza, á pesar del tiempo transcurrido. Sí: iba á dejar la vida, imprimiendo con mi sangre en el nombre de mi familia una mancha denigrante, porque mi cadáver se habría encontrado en una casa de juego, en uno de esos sitios que la ley castiga y la honradez condena. Rodeado y acometido por todas partes por una turba de estafadores, acerqué, en efecto, el medallón á mis labios, resignándome con mi desgracia; pero en aquel momento apareció un hombre de ademán resuelto y alta estatura envuelto en una capa.

—¿Cuánto debe ese joven?—preguntó con voz segura y fuerte; y como nadie le contestase,—¿hay bastante con eso?—volvió á preguntar, arrojando sobre el tapete un bolsillo. Tomándome en se-

guida del brazo, me sacó de aquella infame casa. —Adiós, caballero—me dijo luego que estuvimos en la calle:—sírvalle de escarmiento esta dura lección;—y al ver que yo cruzaba las manos con la expresión de la más viva gratitud,—nada me debe usted—continuó:—guiado de un natural impulso, hago siempre todo el bien que puedo, sin que crea contraer mérito en ello. Adiós, pobre joven—prosiguió, estrechando mis manos:—no vuelva usted, créame, á estos sitios detestables, donde se mancha el honor y se extravía la razón.

Mi bienhechor desapareció, sin que yo, absorto de la singularidad de su proceder, pensase en detenerle.

Después le he buscado con el mayor empeño; pero, desgraciado en mis investigaciones, tuve que dejar á Cádiz con el disgusto de no haberle encontrado; desde entonces, te lo juro, hijo mío, no he dejado de pensar en tu padre y de pedir á Dios por su felicidad. Le encuentro al fin—prosiguió el anciano elevando al cielo sus ojos;—¿qué no haré yo para probarle mi reconocimiento? Habla, Edmundo: ¿quieres vivir con nosotros? Esta casa será para tí el asilo paterno. ¿Deseas más libertad? Cuanto poseo es tuyo, todo tuyo, hijo mío.

—Gracias, señor—dijo el oficial con voz conmovida.—¡Gracias! No viviré en esta casa—añadió, mirando á Clementina;—pero ya verá usted cómo procuro pagar su generosa protección.

Aceptando la oferta de vivir con usted, abusaría de su bondad; pero ofrezco verle todos los días, y no habrá en el mundo hijo más amante que yo para usted.

Ni una palabra había pronunciado la Marquesa desde la llegada de Edmundo de Gálvez. Aquel alma, que había enfriado la melancolía, sólo conocía un sentimiento: el amor materno. Amaba á su padre, es verdad, y hubiera dado gustosa su vida á aquél que había salvado al consejero. Hubiera amado al padre de Edmundo, sin éste, contra quien sentía una aversión invencible: un celo instinto le hacía presentir que aquel hermoso joven, de quien Clementina no separaba sus ojos, había de amargar su existencia.

—Si lo permite usted, señor—dijo el oficial levantándose,—iré á despedirme de mi padre.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho, hijo mío?—repuso el Consejero con alegría.—¿Está aquí tu padre? ¡Oh, Dios justo!—prosiguió, radiante su semblante de placer.—¿Con que veré á mi salvador, y podré besar sus manos antes de morir? ¡Gracias, Dios mío, gracias! Vamos, vamos, hijo mío; guíame pronto, tan pronto como mi impaciencia desea. Al instante, mi levita,—gritó, aproximándose á la puerta y despojándose él mismo de su bata.

Un ayuda de cámara entró con la prenda pedida; el Consejero se vistió precipitadamente, y salió seguido de Edmundo.

Después de haber andado largo rato, tomaron una calle, á cuyo fin se veía una casa de apariencia muy modesta. Edmundo llamó.

—¿Y mi padre?—preguntó á una criada que salió á abrir.

—Ha partido hace una hora, dejando esta carta para usted,—contestó la doméstica.

Palideció el oficial, teniendo que apoyarse en la pared para resistir el estremecimiento de todo su sér. El anciano lanzó un suspiro y elevó al cielo sus ojos.

—¡Adiós, padre mío! ¡Adiós!—exclamó Edmundo con ahogada voz.

—¡Hombre generoso, has llevado tu delicadeza hasta huir para evitar la efusión de mi agradecimiento!—dijo á su vez el anciano.—¡Dios te bendiga! ¡Yo te juro que haré la felicidad de tu hijo, aunque fuera para ello necesario el sacrificio de mi vida!

## VII

### CELOS MATERNALES

Desde aquel día, la casa del Consejero fué la de Edmundo: el anciano escribió á su bienhechor manifestándole el deber en que estaba de cumplir fielmente su encargo; le prometía para su hijo toda la ternura y solicitud del padre más amante, y concluía suplicándole que le concediese la gracia de abrazarle antes de descender al sepulcro, que veía ya de cerca.

El noble Gálvez respondió en el sentido más afectuoso y reconocido: le decía que deseando evitar los transportes de un agradecimiento que no merecía, y eludir la amargura de la separación, había precipitado su salida de Madrid, completamente confiado en ver realizadas sus esperanzas; le daba las gracias más expresivas, y acababa transmitiéndole toda su autoridad sobre Edmundo, como prueba de su ilimitada confianza.

A pesar del cariño tierno que le profesaba el consejero, era Edmundo muy desgraciado: la belleza de Clementina y los encantos de su carácter

y de su corazón engendraron en él una pasión ardiente, y este sentimiento, que en otros es la delicia del alma y la dulzura de la vida, torturaba cruelmente su corazón. El trato frecuente y la libertad de verse era el incentivo que aumentaba aquel fuego voraz y destructor.

Había otro sér que sufría también: la Marquesa vió con progresiva tristeza enfriarse el cariño de su padre; creía que era Edmundo la causa, y la aversión que este joven le inspirara desde luego, se convirtió en un odio sordo y concentrado. Ni una lágrima se deslizó de sus ojos, ni la más leve queja salió de sus labios, ocultando su pena con el mayor cuidado.

Mas este pesar rompió sus diques cuando vió la alteración profunda del carácter de su hija: el que le había arrebatado el cariño paterno, le robaba también la ternura filial.

En efecto: Clementina estaba desconocida; lejos de anhelar, como antes, la compañía de su madre, huía de ella, buscando con afán la soledad. Se interrumpieron los paseos deliciosos; desaparecieron las dulces confianzas, las francas conversaciones, las nocturnas lecturas; sombría y pensativa su frente, tan serena y apacible poco antes, aparecía sellada de un hondo sufrimiento, y su palidez y abatimiento la hacían asemejarse á la estatua del dolor.

Contemplábala la Marquesa con desesperación, y aquella mujer de alma altiva se sentía morir

bajo el peso de un intenso dolor. No acusaba á su hija; todo su odio se alimentaba en Edmundo: Clementina le amaba, y harto bien conocía la desdichada madre lo hondo de la pasión que los unía.

¿Y cómo no amarle? ¿Qué defensa oponer al irresistible ascendiente de la nobleza y lealtad de Edmundo? ¿No era además hermoso, gallardo, sensible su alma y generoso su corazón? ¿Y cómo podía la pobre niña vencer una pasión que su abuelo conocía y aprobaba al parecer?

Sin el amor extremado que la Marquesa tenía á su hija, su dolor no hubiera sido tan intenso; pero si se considera que había cifrado en ella todas sus esperanzas de ventura, toda su ilusión del porvenir, que hasta que Dios se la envió, cual ángel de paz, al borde del sepulcro, vivió sin amor y sin consuelo, no se extrañará su desesperación.

Clementina no le había confiado su secreto; adivinaba lo que pasaba en el corazón de la Marquesa, y temblaba ante el pensamiento de tan dolorosa confesión.

Un año hacía que el joven Edmundo, ya ascendido á teniente, se había presentado en casa del Consejero. En todo este tiempo rogó varias veces á Clementina que confiase á su madre su mutua pasión, sin que ella pudiese jamás decidirse á hacerlo; cansado de suplicarle en vano, se decidió á abrir su corazón al indulgente y cariñoso anciano.

no, á quien debía la solicitud de padre; mas su mala fortuna lo dispuso de otro modo, arrebatándole de un solo golpe todas las esperanzas.

Cayó gravemente enfermo el Consejero, y débiles sus fuerzas para vencer la violencia del mal, sucumbió en breves días. Murió con la serenidad del justo, con la conformidad que imprime la religión y la seguridad de una buena conciencia, siendo su último suspiro una bendición para el padre de Edmundo, demostrando así que ni la muerte podía entibiar la gratitud que le debía.

Este golpe cruel acabó de abatir el espíritu de la Marquesa: resintióse su salud, se alteró su razón, y en su extravío maldecía á Edmundo, y llamaba á su padre, á su hija y á Osorio. El antiguo marino consolaba á Clementina, y Edmundo, que á pesar del odio de la Marquesa le profesaba cariño, no salía de su aposento.

La señora de Olmedo recobró por fin la salud á beneficio del exquisito esmero y acierto de los médicos en el tratamiento de su indisposición; pero quedó débil su cabeza.

Recaía con frecuencia en su delirio, y en medio de la incongruencia de sus palabras, manifestaba clara su aversión hacia Edmundo. Los desgraciados amantes tuvieron, pues, que renunciar á verse, por no exasperar la dolencia de la Marquesa, y aquella casa, que había sido para el joven el asilo paterno, se le cerró para siempre.

Entonces pensó en ir á abrazar á su padre y depositar en su pecho todas sus penas, y, al efecto, pidió y obtuvo licencia para un mes.

Una noche que meditaba en su próxima partida y en los medios de dar su último adiós á Clementina, entró su criado con una carta sellada con lacre negro. Tembló Edmundo al tomarla; pero venciendo su emoción, rompió el sello; y no bien había leído las primeras líneas, palideció y cayó sin conocimiento, dando un grito lastimero.

Era de su padre y decía así:

«Es muy posible que cuando recibas esta carta, hijo mío, haya yo dejado de existir para pasar ante el Tribunal de Dios, á quien pediré por tu felicidad. No llores esta separación momentánea: tu virtud y mis fervorosas súplicas merecerán que nos reunamos en el cielo, donde nos espera tu buena madre.

Escucha, hijo mío, las últimas palabras de tu padre moribundo; oye y graba en tu alma, con caracteres indelebles, lo que voy á decirte.

Sé siempre reconocido; ama y respeta á tu bienhechor, y no empañes jamás el honor que te he transmitido puro é ileso: estos dos preceptos resumen todos tus deberes, y observándolos estrictamente, satisfacerás lo que debes á mi memoria y á tu propia dignidad. Te conozco demasiado, y por lo mismo abandono sin temor este mar proceloso que llaman mundo.

Adiós, hijo mío; mi mano desfallece, y se nublan mis ojos... ¡Adiós, mi adorado Edmundo!... Recibe, con su bendición, el último suspiro de tu padre

*Carlos Gálvez.»*

Al volver Edmundo de su desmayo, besó mil veces aquellos caracteres sagrados que contenían el último adiós de su noble padre.

—¡Todo lo pierdo á un tiempo!—exclamó con amargura el desdichado joven.—Mi padre y mi bienhechor no existen ya, y la fatalidad me roba á Clementina. ¡Oh, Dios mío!—prosiguió, elevando al cielo sus ojos.—¡Dios de consuelo y de bondad! ¿Por qué no me lleváis con ellos?

Largo rato permaneció Edmundo abismado en su dolor, con el semblante oculto entre las manos, sin tener, en trance tan amargo, quien le ofreciese consuelo ó le acompañase en su pena.

De repente levantó su frente pálida y se puso de pie; brillaron sus ojos, y un ligero carmín animó sus mejillas, socavadas y marchitas por largos días de sufrimiento.

—Vamos — murmuró, — vamos á ver á Clementina; tal vez se compadezca de mí, al saber que he quedado solo en el mundo.

Las grandes pasiones tienen la potestad de dominar todas las emociones del alma, por violentas que éstas sean: cuando un sentimiento exclusivo ocupa el corazón, la alegría, el pesar diríase

que parten de aquel centro, y que de él nacen y en él van á morir.

Eran las doce de la noche. El cielo, encapotado por densos nubarrones, no dejaba ver ninguna estrella, y reinaba un calor sofocante.

Edmundo se acercó á la ventana, y expuso al aire su frente abrasada; brillaban en sus ojos ráfagas de delirio, y su respiración era difícil y entrecortada. No bien se hubo serenado un tanto, embozóse en una larga capa y salió de su casa, tomando la dirección de la habitación de la Marquesa.